

RELATOS PARA PIRATAS

Bernat Muniesa
Universitat de Barcelona

A Miquel, amic i company

Resumen: Se trata de la evolución de la ciudad, desde Ur hasta Necrópolis. Espacio, de la urbe o polis, que un día fue un vinculado a la Utopía, es decir, a ninguna parte.

Palabras clave: Utopía, Eden, City, Manaus, Ictineus

Abstract: It's about the city evolution, from Ur to Necrópolis. Space, the one that was related ones to Utopia, i.e. to nowhere.

Key words: Utopia, Eden, city, Manaus, Ictineus

1. La Ciudad

Las primeras ciudades de las que tenemos noticia fueron, dicen, las urqueópolis, de donde deriva el concepto de urbe, algunas de cuyas piedras aún pueden ser, dicen, visitadas. En cambio, de Sodoma y Gomorra nada quedó tras la cólera divina contra el hedonismo que en ellas se respiraba y se vivía. Por consiguiente, tras las urqueópolis hallamos la generación de las nilópolis, desplegadas a lo largo de las riberas del Nilo y cuyas ruinas son aún el exponente del poderío nubio que fundó el Imperio Egipcio. Siguiendo el periplo, catalogamos ahora las persépolis, casi tan remotas como las nilópolis y muestra pétrea de la exuberancia del Imperio Persa. Más tarde, en el Mediterráneo oriental, en la Hélade o la Grecia apellidada antigua o clásica, emergieron las polis, nombre asumido por la cultura occidental como sustantivo. Roma fue una mimesis cultural de lo helénico y a lo largo de su Imperio se fundaron las romanópolis, copias primeras, segundas y terceras de las polis griegas. Al quebrar el Imperio Romano, en el de Oriente se forjaron las constantinópolis, siendo la mayor de ellas Constantinopla, como es lógico. La Edad Media europea fue parva en imaginación, pero allí se encuentra el germen de un futuro prometedor, con sus artesanópolis y truequeópolis, sedes de la precoz industria y del incipiente mercado, que luego, siglos después, tanto darían que hablar. Sin embargo, esa carrera sufrió un freno con el surgimiento de las utopianópolis, ciudades de ninguna parte o de parte

alguna, que sólo crecieron en las mentes de Thomas Moore, también conocido como Tomás Moro, Campanella, Elbert, Bacon y otros urbanistas de la época, herederos renacentistas. Un gran salto se produce hasta principios del siglo XIX, cuando la industrialización forjó las fabricópolis, donde la fábrica con sus chimeneas y humos naturalmente, era su símbolo y sede de un nuevo tipo de explotación del trabajo humano, urbes feas, sucias y miserables, bien documentadas por Charles Dickens y Jack London, que ya detectaron los inicios de una especialización casi inmediata a partir de la cual surgirían las textilópolis, las metalópolis, las siderópolis, las mecanópolis, las electrópolis, las quimiópolis y luego las nucleópolis, categorías que podríamos englobar como tecnópolis.

Muchas de ellas son hoy megatecnópolis. Y también la diversificación ha conducido a las “ciudades dormitorio”, “ciudades empresariales”, “ciudades olímpicas”, “ciudades feriales”, “ciudades universitarias”..., que se incluyen bajo el concepto de estupidópolis, cuyo próximo colapso cerrará el ciclo de desarrollo de la polis y entonces todas esas ciudades se constituirán en necrópolis, la plenitud del poderío de una especie animal, la humana, que habitó, depredó y asoló un planeta llamado Tierra.

2. Elogio de la Utopía

A Miquel, un anarka

Las dificultades que presenta el estudio de la utopía se definen por el mismo significado de la palabra: “ningún lugar”, “lugar alguno”. ¿Cómo estudiar, pues, lo inexistente?

Y, sin embargo, la utopía anida en la mente humana como forma de alternativa que rechaza una realidad inaceptable. Según tratadistas como Max Weber, Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, por ejemplo, la ideología y la utopía son producciones mentales inseparables.

¿Es así? O bien, se trata, acaso, de dos fenómenos independientes entre sí, aunque asociados en su despliegue... En cualquier caso, el debate acerca de la utopía no es fácil, porque en este caso no se dispone de ningún ovillo como el que, dejado por Ariadna, permitió a Teseo conducirse por el laberinto. Dos planteamientos que permiten una prudente excursión epistemológica.

En el primer planteamiento, la utopía se presentaría como una derivada o variedad de la ideología. Una producción forjada cuando en la mente humana la absorción del mundo circundante, llamado la realidad, es interiorizado y genera la ideología, una interpretación de esa realidad. En tal caso, la ideología sería reflejo de lo que es y pautaría la conducta social. Y en el instante mismo en que lo que es, esa realidad, se muestra insatisfactoria, la ideología segregaría un lo que debería ser, una disensión. En ese plano, la utopía puede permanecer como crítica de la realidad, o bien como fundamento de una alternativa. Alternativa asumida individual o colectivamente.

En el segundo planteamiento, es decir, la utopía como entidad autónoma respecto de la Ideología, esto es, como cosa en sí, la explicación nos obliga a recurrir a una explicación singular: la columna vertebral humana, en su parte inferior, culmina en un huesecillo impar llamado por la anatomía cóccix, residuo testimonial de una “cola” que la evolución humanoide dejó atrás. Entonces, la utopía sería como el residuo mental de un Paraíso perdido, extraviado, aplastado por las sucesivas realidades de lo que es. También esa valoración puede conducir a un recuperar aquella felicidad perdida, a un conflicto con lo real presente y generar rebelión, rebelión que puede ser una tensión constante con ese “real existente” y culminar con la revolución, o bien permanecer como tensión permanente, en una dialéctica sin síntesis.

La historia y la cultura nos han mostrado múltiples ejemplos de utopías colectivas, las más conocidas por haber culminado en revoluciones y cambio social. Menos ejemplos nos han proporcionado de casos individuales. Y por ello expondré una somera muestra. En los orígenes del cine cómico extraordinarios ejemplos de la intención utópica, de choques con la realidad y planteamiento de aparentes imposibles. Los personajes creados por Charles Chaplin, Buster Keaton, Laurel-Hardy... en sus conflictos con el orden vigente, Groucho Marx y su recurso al absurdo... son protagonistas de esos intentos de fuga imposibles que, sin embargo, son paradigmáticos de aquella intención. Woody Allen nos proporcionó hace unos años un ejemplo de esa intención utópica con un film: *La rosa púrpura de El Cairo*, donde una mujer casada y maltratada por un marido adicto al alcohol y sin trabajo, en un contexto social deprimido por la crisis de 1929, sobrevive como adicta a un cine de barrio, su refugio, en el que su imaginación convierte a los personajes de la ficción en “reales”, sacando incluso a un galán de la pantalla para que conviva con ella.

Fitzcarrald fue un cauchero irlandés emigrado a la zona amazónica de Iquitos para hacer fortuna, cuya vida Werner Herzog llevó a la pantalla. Fanático de la ópera, Fitzcarrald sacrificó su fortuna con un sueño: construir en las selvas un teatro de ópera donde los habitantes indígenas e incluso los propios animales y la masa forestal pudieran disfrutar de las arias de Rossini, Bellini, Verdi... No pudo realizar su deseo, pero tras su muerte, sus amigos caucheros lo hicieron realidad: un viajero/a que visite Manaus, allí donde el río Negro, que baja de Venezuela, de color negro naturalmente, se mezcla con el rojo Amazonas, discurrendo un largo tramo ambas aguas diferenciadas mitad por mitad... Allí, ese viajero/a puede observar cómo se levanta un teatro de ópera, una Piccola Scala, donde hubo representaciones operísticas y en donde Renata Tebaldi y Mario del Mónaco, según expresa un placa, interpretaron una Aída.

También, en Catalunya, tenemos ilustres utópicos. De ellos, siempre me ha llamado especialmente la atención Narcís Monturiol, un socialista al que Engels hubiera calificado de utópico: convencido de que el socialismo era imposible de construir en tierra firme, pensó hacerlo en el mar, bajo las aguas. Y para ello inventó el primer submarino: *Ictineus*.